



DECANA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES UC:

Mariane Krause

“Chile pone siempre la culpa en el otro”

PARA LA PSICÓLOGA, DOCTORADA EN LA UNIVERSIDAD LIBRE DE BERLÍN, LA SOCIEDAD CHILENA SIGUE SIENDO INDIVIDUALISTA. SOBRE LA CONMEMORACIÓN DE LOS 50 AÑOS DEL GOLPE, ASEGURA QUE AÚN ES NECESARIO HACER RECONOCIMIENTOS A LAS VÍCTIMAS: “MUCHOS DICEN QUE ESO ES ABRIR DE NUEVO HERIDAS QUE DEBEN CERRARSE, PERO NO. EL RECONOCIMIENTO ES REPARATORIO”.

POR Juan Toro. FOTO: Sergio Alfonso López.



No hay respuestas sencillas. Mariane Krause, la decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica estuvo unos días en julio en congresos en Europa y las preguntas más recurrentes eran sobre el proceso constituyente chileno. Lo que más le sorprendía a sus colegas, explica, eran los cambios electorales desde el plebiscito del 25 de octubre de 2020 hasta hoy:

—Da mucho que pensar. Pero esos cambios los asocio con la crisis de la institucionalidad en Chile. Hay una profunda desconianza en todas las instituciones y lo reflejan las estadísticas —dice Krause y cita los resultados de estudios del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, la Encuesta Bicentenario UC y el Termómetro de salud mental.

Especialista en procesos psicoterapéuticos, depresión e intervención psicosocial y comunitaria, Krause, asegura que la desconianza es parte del problema del voto volátil:

—El voto es una reacción a lo que está haciendo noticia cuando no hay confianza, es muy influenciable. Cualquier cosa te impacta y es una tabla de salvación. En cambio, cuando hay una institucionalidad sólida, los ciudadanos se sienten contenidos y su conducta electoral puede ser más estable en el tiempo.

—¿Eso es un problema educacional?

—Sí, pero también informacional. Lo que más recibimos es información y es muy difícil distinguir la información falsa de la que sí está basada en hechos. Es un problema mundial, no solo de Chile, pero nuestra sociedad está muy fragmentada porque existen diferentes subculturas con burbujas de información que se retroalimentan y se alejan entre sí.

Esas burbujas llevan a que los consensos en Chile sean más difíciles, explica Krause. En sus años de carrera, asegura, ha visto reflejado en cifras cómo los puntos en común de la sociedad chilena son cada vez menos:

—Es una lógica individualista que se plasma en todo. Incluso en la publicidad está esa idea de que lo que hagas en tu vida depende solo de ti, lo cual es una gran mentira. Lo que pase con nosotros depende de muchas personas y otros factores. Y ese individualismo lleva a que pienses que el colectivo no te sirve de nada.

—¿Es compatible ese individualismo con la búsqueda de cambios sociopolíticos?

—Por eso lo que parecían grandes consensos resultó ser súper frágil al final. La sociedad chilena necesita consensos básicos mínimos y estables en el tiempo. Las sociedades evolucionan, pero no puede cambiarse de un día para otro. Aunque hay otro elemento. Chile tampoco se caracteriza por aceptar la diferencia. Hemos mejorado un poco en el último tiempo, en parte gracias a la migración, pero aún nos falta mucho para aceptar la diversidad.

Una semana antes de esta entrevista, lejos de su oficina en el decanato del campus San Joaquín de la Universidad Católica, Mariane Krause paseaba por Berlín. Cruzó desde la ex Alemania Oriental a la Occidental por la puerta de Brandeburgo, hasta un parque donde se encontró con un memorial a los pueblos gitanos ejecutados por el régimen nazi. Además de recordar sus años como estudiante de doctorado en la Universidad Libre de Berlín en el tiempo de la caída del muro, el lugar le trajo a la mente el camino que Chile aún no termina de recorrer a 50 años del Golpe:

—Ese memorial era bastante emotivo, y eso que ese no es mi país ni mi historia. Eso necesitamos en Chile, tenemos que convivir con los hechos que en verdad fueron dolorosos y ocurrieron en nuestro país. Y ahí tenemos que construir consensos,

no en las posiciones políticas que hoy se radicalizaron de nuevo. Quizás a un nivel emocional vamos a encontrar consensos.

Pero Chile, asegura Krause, ha dado algunos pasos en esa dirección y destaca el trabajo de las comisiones que se han abierto desde el retorno a la democracia e incluso algunos memoriales y trabajo de recopilación histórica:

—Muchos dicen que eso es abrir de nuevo heridas que deben cerrarse, pero no. El reconocimiento es reparatorio. Si fuese una persona que tuvo traumas infantiles, en las terapias buscarías integrar esa experiencia traumática, no desde un comienzo, pero la integración de Chile ha sido muy lenta. Hay que saber que tuvimos esa adversidad, que afectó, no significa necesariamente perdonar, hay cosas que no se pueden perdonar, pero sí reconocer que tuviste que cargar con eso.

—**¿Cómo se avanza en esa línea?**

—Si vuelvo a comparar con Alemania, allá casi todo el mundo se puede sentir un poco culpable de lo que ocurrió en el régimen nazi, si no participó quizás se hizo el loco y los que menos tienen esa sensación, son los que trabajaron activamente en contra, pero muchos murieron. Es humano sentir que se podría haber hecho más y en Chile, me incluyo, nos falta dar ese paso.

—**¿Llevarlo a un plano personal?**

—Hacernos individualmente responsables de nuestras culpas. Chile pone siempre la culpa en el otro. Pero todos tenemos lados claros y oscuros. Cada grupo debe asumir su responsabilidad, y hablar de culpa es más fuerte, pero eso es. Al momento del Golpe yo tenía 17, tengo plena consciencia de lo que pasó, todos podríamos haber hecho algo mejor, hubo apoyos que no dimos. Hacer ese ejercicio va a ayudar a sanar las heridas.

La identidad chilena no es la misma de hace unas décadas. Para Mariane Krause esto es producto de la falta de consensos en los que la sociedad se pueda encontrar. Pero lo que entendemos por identidad, explica, también debe cambiar:

—Uno puede tener varias identidades a la vez. Son círculos concéntricos que pueden coexistir, incluso con cierto grado de contradicción o conflicto. Es bueno entender que somos un puzle.

—**¿No es mal vista la incoherencia?**

—Exacto. Y el deseo de la extrema coherencia nos lleva a la mentira y la pantalla. Los seres humanos somos fluidos y existimos en interacción con un medio. No estamos en el vacío. Es como cuando se le enrostra a un político que cambió de opinión, hay que dejar que la experiencia los permee. A menos que haya dicho que jamás iba a cambiar o si es que no se deja permear por nada y se mantiene a ultranza. Pero eso es fanatismo y recuerda a figuras macabras de la historia.

Una crítica fácil de encontrar hoy, dice Krause, es que la llegada de inmigrantes atenta contra esa identidad chilena, pero es rápida en contradecirlo:

—Muchos inmigrantes llegan y se identifican con Chile, porque necesitan hacerlo. Es un buen ejemplo de esa identidad múltiple. Un venezolano puede sentirse de su país natal y también sentirse parte de Chile. Que estén aquí no atenta contra nuestra identidad nacional, eso es algo que hemos hecho solitos.

La identidad chilena, explica Krause, necesita de ritos comunes. En ese sentido, algunas prácticas culturales como las comidas tradicionales o la celebración del 18 de septiembre, ayudan, pero no son suficientes:

—Uno tiene que sentirse orgulloso de su país para alimentar la identidad. Eso puede venir de cosas como que fuimos campeones en vacunación, o porque nuestro país no tiene pena de muerte o



porque te enorgullece la Constitución o las instituciones.

—**Pero esos son los puntos en crisis hoy.**

—Por eso sarcásticamente digo que nos queda solo el 18 de septiembre. Nos cuesta encontrar la identidad común.

Según los resultados del Termómetro de la Salud Mental en Chile elaborado por la Universidad Católica y la Asociación Chilena de la Seguridad, en el primer trimestre del año, 17,5% de los encuestados presentaron síntomas de deterioro. Mariane Krause explica que estas cifras no son una novedad en nuestro país:

—Tiene que ver con nuestro proceso de individualización y el derrumbe de lo común. Si afinamos el foco, nos damos cuenta de que son más las mujeres que los hombres las afectadas y que se centra en las que tienen condiciones socioeconómicas precarias especialmente. Ellas son las más deprimidas. Ser mujer y pobre es la peor condición de vulnerabilidad, al menos para la depresión.

Las causas, dice Krause, se encuentran en los contextos de estas personas y las condiciones de precariedad en que deben vivir:

—Si tienes hijos que van a colegios con violencia y profesores agotados, cada factor se suma. Es un cúmulo permanente de estresores. Por supuesto que la gente se enferma viviendo así y no es su culpa. Es una mala combinación entre estar aislado, tener poco apoyo social, falta de recursos y depresión. Es un círculo vicioso muy negativo.

—**¿Cómo enfrentarlo?**

—No se trata solo de aumentar servicios asistenciales, hay que atacar las causas que producen el problema. Toda la literatura dice que el apoyo social es el amortiguador más importante frente a los estresores de la vida cotidiana, influye hasta en la soledad. Es triste, pero el Termómetro de la Salud Mental también mide ahora el sentimiento de soledad y la gente con más precariedad se siente más sola, aunque viven en hacinamiento. Y si conocemos estos determinantes, podemos actuar sobre ellos, crear comunidad, intervenir, mejorar la convivencia. Cambiemos esas condiciones. Parece obvio, pero implica políticas públicas y también implica plata.

La pandemia, además, tuvo efectos en esto, explica Mariane Krause. Los períodos de encierro por las cuarentenas trajeron consigo mayores cifras de síntomas de problemas de salud mental. Pero el lado bueno, explica, es que al abrirse las cuarentenas, esas cifras bajaron:

—Está bien documentado esto y nos demuestra que los síntomas son fácilmente reversibles cuando logras cambiar las condiciones. Eso es una señal esperanzadora. No es que te deprimiste y ya, no hay salida, logras salir. La encuesta longitudinal del COES encontró que hay un tercio de personas con depresión estable, y el resto son personas que entran y salen del cuadro, eso significa que hay opciones de actuar sobre los problemas y tener una tasa de éxito razonable.

Un efecto positivo que trajo consigo la pandemia en Chile, explica Krause, es que mejoró la relación de las personas con sus comunidades. Un ejemplo de esto, dice, está en el apoyo entre vecinos o la creación de ollas comunes:

—Aunque algunos mensajes en ese tiempo eran orientados al individualismo, otros eran sobre tomar responsabilidades globales. Y está documentado que la pandemia nos ayudó en eso, en avanzar en el espíritu comunitario.

Las cifras de problemas mentales en Chile previo al estallido de 2019 pudieron ser una señal de lo que podría ocurrir, explica Mariane Krause. Sobre todo, destaca, por la falta de sensación de colectividad:

—No se trata de ser general después de la guerra, porque yo tampoco anticipé algo así. Pero sí había en Chile un malestar tapado por la lógica individualista. Hay mucha necesidad de lo colectivo, que es la base de lo humano. En 2019 este malestar de las inequidades asumido individualmente, con el estallido social se convirtió en algo masivo de volcarse juntos a la calle. El problema es que tuvo dos caras, la catarsis y los colores, y, por otro lado, la violencia descontrolada.

—**¿Por qué el chileno reacciona así?**

—Volvemos a que no tenemos denominadores comunes ni respeto por el marco institucional. Eso es algo que en Chile no está superado, tampoco las inequidades. Y se mantiene la desconfianza y la pérdida de toda ética. En lo educacional, es algo que debería ser enseñado, valores ciudadanos, mucho más importante que machacar información que ahora está en internet.

—**¿Cómo escuchar esas alertas en el Chile actual?**

—Hay que canalizarlas y darles voz real a las necesidades. Es difícil, porque es hablar de participación cuando hay una crisis de participación.

Lo que necesita la sociedad chilena, dice Krause, es poner incentivos en el trabajo grupal. Y en el caso de la inversión pública, basarla en estudios de datos para determinar dónde es más rentable para el bienestar de la población. Una herramienta que puede ser útil en esto, dice, es el Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación.

—Hay muchos desafíos que puede tomar el ministerio, como ordenar los financiamientos para ciencias y focalizar, solo una parte, en las necesidades del desarrollo del país. El conocimiento genera mucha emoción e identidad en la población, ahí entran los festivales y eventos de divulgación —mientras habla, Krause sonríe. No solo ayudó a levantar la propuesta de creación de este ministerio en el segundo gobierno de Michelle Bachelet, sino que ha trabajado en consejos con todos los ministros que han asumido la cartera y la actual, Aisén Etcheverry, fue su compañera de trabajo en Conicyt.

—**¿Asumiría ese ministerio alguna vez?**

—Hoy mi apoyo lo tiene la ministra Etcheverry. Suena duro, pero creo que no estoy en edad. No me considero particularmente vieja, pero si llegase a pasar sería más adelante y no sé si es tan conveniente para el país.

—**¿Pesa la generación en un cargo como ese?**

—Una combinación de jóvenes y más viejos entre los ministros es bueno. Pero la juventud tiene sus gracias, son más aventureros, toman desafíos, pero son impulsivos y tienen menos conocimiento acumulado... Me he visto como alguien que podría estar en ese cargo, sí, tengo el perfil y el conocimiento. Tengo "dedos pal' piano", pero no sé si tendré la energía de aquí a unos años más. ■

"Al momento del Golpe yo tenía 17, tengo plena consciencia de lo que pasó, todos podríamos haber hecho algo mejor, hubo apoyos que no dimos. Hacer ese ejercicio va a ayudar a sanar las heridas".